

8. CRISTIANISMO PRÁCTICO

24 de mayo de 2014

Estudio de la Semana: Santiago 2:14-26

Pr. Daniel Miranda Gomes

TEXTO BÁSICO

“Pero alguien puede decir: «Unos tienen fe, otros hacen buenas obras». Mi respuesta es que tú no puedes demostrarme que tienes fe si no haces nada. En cambio, yo te demuestro mi fe con las buenas obras que hago”. (Stg. 2:18, PDT)

INTRODUCCIÓN

En la lección anterior, hemos visto que Santiago alerta a sus lectores sobre el hecho de que los cristianos se convierten en transgresores de la ley por mostrar favoritismo a los ricos y despreciar a los hermanos pobres. En este punto, Santiago regresa al tema que ha estado explorando desde el comienzo de la carta, es decir, la naturaleza de la religión que salva.

Cristianismo auténtico es aquel que se muestra en la práctica. De manera directa y explícita, Santiago expone en esta sección la idea de que la fe sin obras es vana, muerta e inútil. Esta sección es probablemente la más conocida de la carta de Santiago. Su interpretación ha provocado gran controversia en la iglesia cristiana. Así que trataremos uno de los dilemas más controvertidos del cristianismo: ¿la fe o las obras para la justificación? El estudio de hoy va a responder a esa pregunta.

DISTINCIÓN DE LA FE

La primera cosa a entender aquí es que Santiago está haciendo una distinción de la fe. Él cuestiona: “**Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?**” (2:14). Algunas personas piensan que Santiago está cuestionando la fe y las obras, pero él no está haciendo tal cuestionamiento. Él no está contrastando la fe con las obras o las obras con la fe. El tema aquí es sólo la fe, y no las obras.

Hay otro punto que necesitamos entender en cuanto a la fe. Santiago usa el término “fe” en tres sentidos en su carta. El primero sentido es la fe personal en el Señor Jesucristo, que es probada por la tribulación (1:3). El segundo sentido es la confianza en la revelación de Dios y de Jesucristo, sus promesas, poder y disposición para atender al fiel (1:6). El tercero sentido es la adhesión a las doctrinas del cristianismo, una profesión de fe en Dios y en Jesucristo (2:1).

El tercer sentido también se explica cómo fe subjetiva y fe objetiva. La palabra “fe” (gr. *pistis*), tal como se encuentra en el Nuevo Testamento, tiene tanto un uso subjetivo como objetivo. El uso subjetivo se refiere al acto de creer (Rm. 1:16-17; 10:17). Esto es lo que los teólogos llaman “fe salvadora”. El uso objetivo, por otra parte, tiene que ver con lo que se cree. En este último sentido, a menudo se menciona en el Nuevo Testamento como “la fe”. En sentido objetivo, la fe es el contenido doctrinario del cristianismo, es decir, aquello que debe ser creído. Denota el conjunto de verdades que creemos acerca de Dios, la salvación, el cielo, la iglesia etc. Es lo que llamamos “doctrina” (Gl. 3:23,25; 1Tm. 1:19; 6:12; 1Pe. 5:9; Jd. 3).

El tercer punto que necesitamos entender aquí es el concepto de obras en el contexto de la epístola de Santiago. Hay quienes asocian esta palabra con el término “obras de la ley”, que ocurre tres veces en Romanos (3:20, 28; 9:32) y seis veces en Gálatas (2:16; 3:2, 5, 10). En todos estos casos, la expresión ocupa una posición central en el contexto, y se utiliza con una connotación negativa.

Pablo utiliza la expresión “obras de la ley” en cinco ocasiones para negar que la justificación se puede obtener a través de la ley (Rm. 3:20, 28; Gl. 2:16). Él también la utiliza negativamente para referirse a los que están bajo la maldición de la ley (Gl. 3:10), y para referirse a los actos de obediencia a la ley de Moisés, realizados por los judíos de su época con la intención de obtener méritos ante Dios. Para Pablo, nadie puede ser justificado por las “obras de la ley”, simplemente porque nadie es capaz de hacer todo lo que la ley exige. Sin embargo, este no es el sentido que Santiago tenía en mente cuando se refirió a las obras en su epístola.

La palabra “obra” es la traducción del término griego *ergon*,¹ que significa acto, acción, algo que se hace. En Santiago 1:4 se traduce como “obra completa”. Y este es el sentido que Santiago usa a menudo en su carta; es decir, denota la práctica de las virtudes cristianas realizadas en fe obediente a Dios (1:25; 2:14, 20, 24; 3:13). El término debe entenderse aquí en el capítulo 2 como actos de misericordia para los necesitados y sobre todo como actos de obediencia a la voluntad Dios, conforme son ejemplificados por Santiago en la vida de Abraham (2:21) y Rahab (2:25). El foco no está en el esfuerzo realizado en el acto, pero en el resultado obtenido.

Después de estas consideraciones iniciales, podemos empezar nuestro análisis acerca de la distinción de la fe en el capítulo 2 de la carta de Santiago.

En primer lugar, Santiago dice que hay un tipo de fe inútil. Observe el cuestionamiento que él hace: “**Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno alegar que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarlo esa fe?**” (2:14, NVI). Santiago cuestiona si alguien con una fe que no resulta en obras, si esta fe lo salvará. Con eso, él está cuestionando la calidad y el tipo de fe. Por tanto, no se cuestiona la fe en sí, sino una fe específica, y afirma que si esta fe no implica una manifestación concreta en la vida de uno, esto es evidencia de que esta fe es falsa. Más adelante, él dice que “**la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma**” (2:17). Y, una vez más, él dice que en estas condiciones “**la fe sin obras está muerta**” (2:26).

La Nueva Traducción Viviente traduce muy bien el sentido de la palabra “obras”. Observe: “**Amados hermanos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe si no lo demuestra con sus acciones? ¿Puede esa clase de fe salvar a alguien?**”. Para Santiago, una profesión de fe cristiana que no esté acompañada de obras que atestigüen su autenticidad, no tiene provecho alguno. El provecho de la fe es la salvación. Una fe sin obras no tiene ningún provecho, porque es falsa y, por tanto, no puede salvar. La lógica de Santiago es: la salvación ocurre por medio de la fe; la fe produce obras; donde no existe ninguna obra, la fe también no existe. Por tanto, la profesión de fe sin obras concretas no tiene ningún provecho.

¹ Éste término tiene su raíz en la palabra primaria *ergo*, que significa trabajar.

La mayor preocupación de Santiago era una especie de fariseísmo cristiano, una mentalidad que comenzaba a tomar fuerza en las comunidades cristianas. Para algunos, el cristianismo se estaba convirtiendo en un mero sentimiento, es decir, sólo emociones. La fe vivencial que se muestra en la práctica de una religión autenticada por actos se estaba disipando. Esto se parece, en cierto sentido, con lo que ocurre en nuestros días, donde lo más importante es sentir, experimentar sensaciones y hacer declaraciones de fe.

Santiago, entonces, ilustra su cuestionamiento con el ejemplo de una posible situación de la vida real para demostrar que la fe sin obras de nada aprovecha, porque es una fe inútil. Vea lo que él dice: **“Supongamos que un hermano o una hermana no tienen con qué vestirse y carecen del alimento diario, y uno de ustedes les dice: «Que les vaya bien; abríguense y coman hasta saciarse», pero no les da lo necesario para el cuerpo. ¿De qué servirá eso?»** (2:15,16, NVI). Había muchos pobres en las iglesias cristianas en el período apostólico, y Santiago manifiesta en su carta una preocupación por ellos. Él imagina una situación de extrema pobreza, donde un hermano o hermana no tiene con que vestir o comer. La carencia de los hermanos pobres se manifiesta en dos cosas básicas de la vida: la carencia de ropa y la falta del alimento diario. Esta situación era una realidad en las comunidades cristianas de la época.

La fe no puede ser un mero sentimiento. Santiago dice: **“Llega uno de ustedes y le dice: «¡Que Dios lo bendiga, abríguese y aliméntese!» Sin embargo, si no le da lo que realmente necesita en ese momento, ¿de qué sirve?** (2:16, PDT). Hay mucho amor inútil en nuestro medio. La persona es cordial, pero no es útil. Por amor, Santiago entiende una prestación de auxilio, o sea, una acción concreta. Y en eso tiene razón porque el amor no puede ser sólo una expresión de piedad. Para Santiago, la verdadera fe es una manifestación concreta por alguien.

De nada sirve decir: “Que Dios lo bendiga”; o: “Que Dios te conceda la paz, que tengas un buen día; abrígate mucho y aliméntate bien”; o, entonces: “Voy a orar por usted”. Son palabras vacías que no van acompañadas de la intención de hacer algo por alguien. Este cristiano es sólo cortés, pero no servicial. Esta fe es mero sentimiento, simpatía inútil, porque está separada de las obras cristianas que Santiago desea ver en la vida de los cristianos. La hipocresía de estas palabras es muy grande y demuestra una gran falta de sensibilidad. Es casi una broma de mal gusto, decir: **“Id en paz, calentaos y saciaos”**. Él que actúa de este modo ignora la responsabilidad de los que poseen bienes materiales, y ve que su hermano está pasando necesidad, pero no tiene compasión de él. Estos aman sólo en palabras, pero no por medio de acciones (1Ju. 3:17,18). ¡Imagine que esto sea dicho a personas semidesnudas y hambrientas por hermanos en Cristo, en la misma iglesia local!

Santiago no sólo está haciendo hincapié en la hipocresía y maldad de esas palabras, sino en la inutilidad de ellas: **“¿De qué aprovecha?”**. Sólo las palabras no van calentarlos y saciarlos. Se necesita algo más: obras, acciones, actitudes. Las palabras son importantes, pero hay veces en que las palabras son innecesarias o insuficientes. Y aquí hay un caso ejemplar: en la evidente carencia en los hermanos,

las palabras, por más bellas, dulces y reconfortantes que sean, son de ningún valor. Se requieren actitudes.

Santiago concluye su argumento, al decir: **“Como pueden ver, la fe por sí sola no es suficiente. A menos que produzca buenas acciones, está muerta y es inútil”** (2:17, NTV). La versión Reina Valera traduce por **“muerta en sí misma”**, tal como un niño que nació muerto. Así como un cadáver no tiene ningún provecho o utilidad, y él mismo nada puede hacer o lograr, una simple declaración de fe en Dios y en Jesucristo no salvará el alma del pecador.

En segundo lugar, Santiago nos dice que la fe se muestra por las obras. No son las obras que producen la fe ni el favor de Dios. Del mismo modo que las palabras amables para nada sirven a los necesitados, si no fueren acompañadas de las cosas necesarias, una profesión de fe, por más ortodoxa, correcta, profunda y erudita que sea, si no va acompañada de obras que atestiguan su autenticidad, tampoco aprovechará, es decir, no salvará (2:14).

En su diálogo imaginario, Santiago dice: **“Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras”** (2:18). Santiago desafía al cristiano hipócrita a mostrar la fe que dice tener, bajo el principio de que sólo por las obras se manifiesta la verdadera fe. Él confronta al que se gloria de tener fe, pero no tiene obras. No se trata de poner la fe contra las obras. No es fe u obras, sino demostrar una profesión de fe que se muestra viva por obras.

El punto central de Santiago es que la fe verdadera sólo puede manifestarse, ser conocida y probada por medio de acciones correspondientes. Una mera profesión y declaración de fe no son suficientes para probar su autenticidad. Se requiere más. Él lo demostrará eso en el ejemplo de Abraham y Rahab (2:22-25).

En tercer lugar, Santiago nos enseña que la fe no es una mera confesión ortodoxa. Santiago plantea una cuestión acerca del contenido de la fe judía: **“Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan”** (2:19). La más preciosa doctrina del judaísmo era la unidad de Dios (Dt. 6:4). Viviendo en medio de las naciones politeístas que creían en muchos dioses, el judío se distinguía por la creencia en un solo Dios, y hacía de eso un tesoro teológico (Mc. 12:29). Este era el punto más alto de la doctrina judía. Y Santiago describe irónicamente la profesión de fe del hipócrita, que se jactaba de creer en un solo Dios, aunque no tenía obras que probasen su fe.

Ortodoxia significa doctrina correcta. Tener una doctrina correcta es muy importante y necesario. Sin embargo, la palabra que expresa la mayor necesidad de la Iglesia hoy es ortopraxis, que significa “conducta correcta”. La conducta compatible con la fe que profesamos, he aquí lo que necesitamos. En aquellos días, algunas corrientes filosóficas enseñaban que el mero conocimiento de la verdad llevaría automáticamente a su práctica. Sin embargo, Santiago dice que el mero conocimiento intelectual de la verdad de la fe no es suficiente (Mt. 7:21-23).

Entonces Santiago irónicamente afirma que **“los demonios también creen que hay un solo Dios y tiemblan de miedo”** (2:19, PDT). Creer en la unicidad de Dios, creer en su poder y aceptar que Jesús es el Hijo de Dios es una profesión de fe asumida hasta por los demonios. Lo que Santiago compara es la fe del hipócrita con

la de los dominios: “**Tú crees... también los demonios creen**”. Al profesar la verdad sobre Dios el cristiano hace bien, porque Santiago no está contra la doctrina correcta, la exactitud teológica en puntos doctrinales cruciales y fundamentales. Sin embargo, por sí sola ella no es suficiente. Una profesión de fe doctrinalmente correcta, sin obras, acciones y actitudes que proceden de ella, es tan inútil como las palabras vacías ante las personas carentes y necesitadas (2:16).

En cuarto lugar, Santiago nos dice que existe un tipo de fe inútil. Él continúa su diatriba con el creyente hipócrita, cuestionando: “**¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?**” (2:20). El término “vano” o “tonto” literalmente significa vacío, y se utiliza figurativamente en las Escrituras para designar a las personas desprovistas de valores espirituales y morales (livianas). En el caso de Santiago, la idea es de alguien desprovisto de discernimiento y conocimiento de las cosas de Dios. Por tanto, es un hombre tonto.

Hay un cierto tono de indignación e impaciencia en la pregunta de Santiago, porque para él es absolutamente claro que la fe sin obras demuestra que la persona no fue salva y que sólo un tonto podría pensar de forma diferente. Entonces, él nos dice que existe un tipo de fe muerta. Es decir, ella es inútil para salvar.

DOS EJEMPLOS DE FE OPERANTE

Para dar más peso a su argumento, Santiago presenta dos ejemplos en los versículos siguientes, tomados de la historia bíblica del Antiguo Testamento, para probar que la fe y las obras van de la mano.

La primera prueba bíblica que Santiago presenta para mostrar que la fe y las obras van de la mano es la obediencia de Abraham, a quien llama “nuestro padre”. Note lo que él dice: “**¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios**” (2:21-23).

Cuando llegamos al versículo 24, nos encontramos con una dificultad que ha estado en la mente de la mayoría de los cristianos: “**Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe**”. Resulta que Pablo dice que “**el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley**” (Rm. 3:28). Por lo que algunas personas piensan que aquí hay una contradicción irreconciliable entre Santiago y Pablo, al tratar de la justificación de Abraham. Pablo deja claro que Abraham fue justificado por la fe (Rm. 4:1-3). Para Santiago, la justificación de Abraham fue por lo que hizo, cuando estaba dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac en el altar. Para Pablo, él fue justificado porque creía a Dios. ¿Cómo es posible entender esta aparente discrepancia entre los dos?

Una de las reglas de interpretación de la Biblia nos enseña que es necesario conocer el propósito del autor del texto en estudio, lo que tenía intención de decir y para quien lo decía.² Así que vamos a aplicar esto a nuestro texto en estudio.

² COELHO FILHO, Isaltino Gomes. *Op. cit.*, p. 85.

Pablo es un teólogo. Su carta a la Iglesia de Roma es un tratado teológico en el que discute lo que es necesario para la salvación. Santiago es un pastor que elabora un tratado ético. Su discusión trata de la conducta de los fieles, de la forma como deben proceder, ya que son salvos. Sin embargo, ellos no estaban demostrando esa salvación por las obras, ni había evidencia alguna de devoción sincera a Dios y a su Palabra.

Santiago y Pablo están enseñando acerca de la fe y la salvación en perspectivas absolutamente diferentes. Pablo enseña teología. Santiago enseña ética. Lo que Pablo está enseñando a los romanos es que para la salvación las obras no tienen ningún valor. Sólo la fe es válida para producirla (Ef. 2:8,9). Lo que Santiago está enseñando es que después de la conversión, la fe sola no sirve para nada. Él dice muy bien: “**¿Ya ves?, su fe y sus acciones actuaron en conjunto: sus acciones hicieron que su fe fuera completa**” (2:22, NTV).

Hay una segunda distinción que debe hacerse, para entender lo que Santiago está hablando: la distinción de la justificación. Para Dios no hay hombre justo “**ni aun uno**” (Rm. 3:10; Tt. 3:4,5). ¿Cómo, entonces, una persona considerada por Dios como injusta puede venir ante Él y ser aceptada? Sólo hay una manera: Él tiene que justificarla “**gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús**” (Rm. 3:24). Justificado significa aquí ser tenido por justo, ser visto como justo, tener el crédito como justo por lo que Jesús hizo. ¿Y qué hizo? Él nos ha redimido con su muerte en la cruz, para que tengamos paz con Dios (Rm. 5:1). Este es el uso más común para el término “justificación” en la Biblia.

Sin embargo, Santiago no está hablando de eso. El verbo empleado por él, que fue traducido por justificar, también tiene un segundo significado en las Escrituras. Justificar no es sólo ser declarado justo por alguien, pero también ser justo o manifestar la justicia (1Tm. 3:16; Rm. 3:4). Cuando Santiago habla de justificación por las obras, no está enseñando que somos aceptados por causa de las obras de justicia, sino que nuestras obras manifiestan que fuimos aceptados y justificados por Dios.

Santiago dice claramente que Abraham fue justificado por las obras cuando ofreció a su hijo Isaac (2:21). Y Pablo dice: “**Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia**” (Gl. 3:6). De hecho, Abraham creyó y fue justificado. ¿Cómo resolver esto? El pasaje que Pablo se refiere es Génesis 15:6, que dice: “**Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia**”. Es decir, cuando Dios reveló su plan para Abraham, él creyó y fue justificado.

Cuando Santiago habla de la justificación de Abraham, él está citando a Génesis 22, cuando Dios desafió a Abraham a sacrificar a su hijo Isaac como holocausto. Por tanto, esta justificación de cuando Abraham ofrece a su hijo Isaac es diferente de la justificación mencionada por Pablo. Él ya había sido justificado antes con el hecho de que creyó en lo que fue dicho por Dios. Y él fuera declarado justo. Pero ahora él está ofreciendo a su hijo Isaac, manifestando toda la justicia de Dios por medio de la obediencia en sus obras y conducta.

Santiago considera la obediencia de Abraham como obras: “**¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac**

sobre el altar?” (2:21). Pablo dice expresamente: **“Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios”** (Rm. 4:2). Según Pablo, Abraham fue justificado por la fe ante Dios y antes de ofrecer a Isaac en el Monte Moriah, cuando creyó en la promesa de que sus descendientes serían tan numerosos como las estrellas del cielo (Gn. 15:1-6; Rm. 4:3; Gl. 3:6).

Lo que Santiago está diciendo es que la justificación de Abraham fue consumada por el acto de obediencia ejecutado años más tarde, cuando ofreció a Isaac (2:22). Así que Santiago dice: **“Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios”** (2:23; vea Gn. 15:6); es decir, se confirmó lo que ocurrió años antes, cuando Abraham creyó a Dios. Por tanto, según Santiago, la imputación de la justicia hecha a Abraham se dio exactamente cuando él creyó a Dios, y en eso él está totalmente de acuerdo con el apóstol Pablo.

Santiago, entonces, continúa dirigiéndose al hombre insensato, que piensa que la fe sin obras es de alguna utilidad: **“Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe”** (2:24). Aquel acto de obediencia demostró al mundo que Abraham realmente creía a Dios, justificándolo, de esa forma, ante los hombres. Aquí vemos claramente el pensamiento de Santiago sobre la relación entre la fe y las obras, y que él en nada contradice las enseñanzas del resto del Nuevo Testamento.

Fe y obras van de la mano y cooperan mutuamente. La relación entre ellas es un camino de dos vías: la fe produce obras, las cuales, a su vez, perfeccionan la fe. La fe que salva produce obras que se explicitan en la salvación. Debemos mantener estas dos cosas siempre en perfecto equilibrio. No podemos descuidar ni la fe ni las obras. Sin embargo, cada una debe ser mantenida en su lugar: la fe es el árbol, las obras son los frutos (Mt. 3:8; 7:15-20).

En seguida, Santiago presenta una prueba más de las Escrituras del Antiguo Testamento, que la justificación, en el contexto en el que argumenta, es por obras: es el caso de Rahab. Vea su cuestionamiento: **“Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?”** (2:25). Santiago dice que este caso es similar al caso de Abraham, aunque entre los dos personajes exista una gran diferencia, como Santiago mismo enfatiza al calificar a Rahab como “la ramera” o “prostituta” (Js. 2:1; Hb. 11:31).

Santiago deliberadamente colocó dos personajes tan diferentes en carácter y origen, para mostrar claramente que nadie, cualquiera que sea su condición, nación, clase o posición social, jamás tuvo una fe verdadera sin resultados. Lo que hay de semejante con Abraham es el hecho de que Rahab también fue justificada por las obras. Abraham es conocido como el padre de la fe y de la nación judía. Rahab, por otro lado, era una gentil y pecadora. Aun así, los dos tuvieron una fe que produjo resultados.

La obra específica a la que Santiago se refiere es el hecho de Rahab acogió a los emisarios de Josué, los espías que fueron a ver la ciudad de Jericó, al ocultarlos de los soldados de la ciudad y, después, hacerlos salir por la ventana y no por la puerta, salvándolos de la muerte (Js. 2:1-24; 6:22-25). Al igual que Abraham, la obra

de Rahab se resume en un acto de obediencia y temor de Dios, como un reflejo de la fe que poseía en el Dios de los hebreos. Ella fue justificada en el sentido de demostrar, por esta actitud en que arriscó a su vida, que su confianza en el Dios de Israel es genuina y completa. Por tanto, concluye Santiago, la fe se muestra por las obras, y las obras completan la fe.

Santiago concluye, entonces, su tesis, al decir: **“Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta”** (2:26). En su comparación, la fe sin obras es como un cuerpo sin espíritu: ¡ambos están muertos! Él ya se había referido a la fe sin obras como “muerta” (2:17). Ahora la figura va un paso más allá, ya que la causa de la muerte es la ausencia del aliento de vida.

La fe “muerta” es semejante al cadáver. No actúa, no se mueve. Sabemos que una persona está muerta ante la ausencia de respiración. Del mismo modo, la fe muerta se evidencia por la falta de obras. Ella es un cadáver. El punto de Santiago aquí es que el cuerpo y el espíritu van de la mano. El cuerpo necesita del espíritu. Del mismo modo, la fe y las obras van de la mano. Cuando fe y obras van de la mano, tenemos vida espiritual.

CONCLUSIÓN

La fe útil, en la visión de Santiago, es la que demuestra su existencia en la obediencia. El apóstol Pablo dice que fuimos destinados a hacer buenas obras (Ef. 2:10). La salvación es solo por la fe, pero por una fe que no está sola. Una fe viva se expresa por las obras. Observe una vida de fe en la que las obras no están presentes. Todo está bien, todo está en su lugar apropiado, pero es tan viva como un cadáver, es decir, está muerta. Creer y no actuar es como un cadáver espiritual, como un cuerpo sin vida.

PREGUNTAS PARA DEBATE EN CLASE

1. ¿De qué tipo de fe Santiago está disertando en el texto en estudio? Comente con la clase sobre los tipos de fe existentes. (v. 14)
2. ¿Cuál es la diferencia entre las “obras”, tratadas por Santiago, y las “obras de la ley”, mencionadas por Pablo en sus epístolas? ¿Qué quiere decir Santiago cuando menciona las “obras”? (v. 14)
3. Basándose en el ejemplo de Santiago, de su definición de fe muerta. ¿Cuál es la diferencia fundamental entre fe muerta y la fe viva que Dios requiere de nosotros? (vv. 15-17, 26)
4. ¿Es posible demostrar la fe sin obras? Explique. (v. 18)
5. Si los demonios tienen fe, ¿cómo esta fe puede ser definida? ¿Por qué, entonces, los demonios tiemblan si tienen fe? (v. 20)

6. ¿Qué quiere Santiago que aprendamos del ejemplo de Abraham? ¿Cuál es la diferencia entre ser “justificado por las obras”, de que habla Santiago, y ser “justificado por la fe”, de que habla Pablo? ¿Hay alguna contradicción entre los dos escritores sagrados? (vv. 21-24)

7. ¿Qué podemos aprender del ejemplo de Rahab? ¿Por qué Santiago eligió a dos personas de carácter y origen tan diferentes? ¿Qué lecciones podemos sacar de esto? (v. 25)